



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 5 de abril de 1981

1. "*Nolo mortem impii sed ut convertatur impius a via sua et vivat*. Yo no me gozo en la muerte del impío, sino en que se retraiga de su camino y viva" (Ez 33, 11).

Nolo mortem!

En la liturgia cuaresmal se repiten muchas veces estas palabras, con las cuales se expresa Dios mismo, el Señor de la vida, *¡el único Señor de la vida, el Dios que ama la vida!* (cf. Sab 11, 26).

De este amor toma origen el misterio pascual, en el que la muerte es superada por la Muerte, y Dios se revela hasta el fondo como Dador de la vida indestructible.

Cuando repetimos en la oración: "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1, 14), pensamos en el *valor inmenso* que ha tenido esa única *vida* humana concebida por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen de Nazaret. Al hacer de esta vida *un don* absoluto y definitivo al Padre, en la muerte de cruz, Cristo con este don asegura a la vida la victoria y, al mismo tiempo, vuelve a confirmar la dignidad única e irrepetible de cada vida humana. Vuelve a confirmar la ley fundamental de la vida.

Todo hombre tiene derecho al don de la vida.

2. El tiempo de Cuaresma exige de nosotros *una profunda reflexión sobre los problemas de la vida y de la muerte*. Cuanto más profundamente entramos en este período, cuando más nos acercamos al *Triduum Sacrum*, tanto más intensamente debemos concentrarnos sobre este problema: sobre el problema de la vida y de la muerte, en todos sus aspectos y en todas sus

consecuencias.

Efectivamente, existe en nuestra época una *amenaza* creciente *al valor de la vida*. Esta amenaza que, sobre todo, se hace notar en las sociedades del progreso técnico, de la civilización material y del bienestar, plantea un interrogante a la misma *autenticidad humana* de ese *progreso*.

En efecto, si sustituyéramos el derecho a la vida, el don de la vida, por el derecho de quitar la vida al hombre inocente, entonces no podríamos dudar que en medio de todos los valores técnicos y materiales, con los que computamos la dimensión del progreso y de la civilización, *quedaría quebrantado el valor esencial y fundamental* que es la razón justa y el metro del verdadero progreso: el valor de la vida humana, o sea, el valor de la existencia del hombre, dado que *vivere est viventibus esse*.

Quitar la vida humana significa siempre que el hombre ha perdido la confianza en el valor de su existencia; que ha destruido en sí, en su conocimiento, en su conciencia y voluntad, ese *valor primario y fundamental*.

Dios dice: "No matarás" (*Ex 20, 13*). Y este mandamiento es al mismo tiempo el principio fundamental y la norma del código de la moralidad inscrito en la conciencia de cada hombre.

Si se concede derecho de ciudadanía al asesinato del hombre cuando todavía está en el seno de la madre, entonces, por esto mismo, se nos pone en el resbaladero de incalculables consecuencias de naturaleza moral. Si es lícito quitar la vida a un ser humano, cuando es el más débil, totalmente dependiente de la madre, de los padres, del ámbito de las conciencias humanas, entonces se asesina *no sólo a un hombre inocente, sino también a las conciencias mismas*. Y no se sabe lo amplia y velozmente que se propaga el radio de esa destrucción de las conciencias, sobre las que se basa, ante todo el sentido más humano de la cultura y del progreso del hombre.

Los que piensan y afirman que éste es un problema privado y que, en tal caso, es necesario defender el derecho estrictamente personal a la decisión, no piensan y no dicen toda la verdad. El problema de la responsabilidad por la vida concebida en el seno de cada madre es problema eminentemente social. Y, al mismo tiempo, es problema de cada uno y de todos. Se halla en la base de la cultura moral de toda sociedad. Y de él depende el futuro de los hombres y de la sociedad. Si aceptásemos el derecho a quitar el don de la vida al hombre aún no nacido, ¿lograremos defender después el derecho del hombre a la vida en todas las demás situaciones? ¿Lograremos detener el proceso de destrucción de las conciencias humanas?

3. El período de Cuaresma constituye *un desafío*. A la luz del misterio pascual, al que nos acercamos, penetrando cada vez más profundamente en la meditación de la pasión y de la muerte de Cristo, es necesario que se despierten las conciencias y asuman la gran causa del valor de la vida y *de la responsabilidad por la vida*, que es, al mismo tiempo, la responsabilidad

por el hombre hasta las raíces mismas de su existencia y de su vocación. Y es necesario que aumente *la oración*, porque se trata de un problema de máximo nivel desde el punto de vista tanto de la dignidad del hombre, como del futuro digno de él.

Recordemos que Dios dice: *Nolo mortem!*

4. Tengo una intención especial que encomendar hoy vivamente en vuestras oraciones a María.

Habréis sabido que durante la semana pasada se han registrado (y todavía continúan) duros encuentros en el Líbano con terribles bombardeos sobre la capital de Beirut, y especialmente sobre la ciudad de Zahlé, un centro casi totalmente habitado por cristianos. Ya ha habido allí muchísimos muertos y heridos; han perdido la vida una religiosa católica y dos enfermeras musulmanas que llevaban ayuda a la población en una auto-ambulancia. La artillería ha bombardeado numerosas escuelas, hospitales e incluso iglesias; resulta muy difícil evacuar a los heridos y a los alumnos de los institutos.

El Líbano, donde hay florecientes comunidades cristianas, está sufriendo, desde hace casi seis años, una dolorosísima pasión; desgarrado por conflictos, con regiones inseguras o abandonadas, soporta una dura carga que es efecto de las crisis de Oriente Medio. La Santa Sede ha intervenido, según sus posibilidades y con generoso empeño, para parar la lucha y los bombardeos; los obispos libaneses han invocado la solidaridad de los hermanos en el Episcopado de todo el mundo.

Quien está más expuesto y sufre más es el pueblo inerme, los ciudadanos que han tenido que dejar las propias casas o se hallan en las zonas más afectadas por los bombardeos.

Se trata de una situación angustiosa, la agonía de todo un país, que no debe prolongarse más y ante la cual la conciencia y la opinión pública internacional no pueden permanecer insensibles. Pediremos hoy a la Virgen que obtenga para el Líbano el don de la pacificación y de la serenidad, pediremos la ayuda a fin de que todos los responsables tengan la cordura y la valentía de tomar las decisiones debidas para hacer cesar los choques y las violencias, y se afanen para que se resuelvan las tensiones que los están causando, de manera que las poblaciones libanesas puedan volver a encontrar el camino de la armonía y de la paz.

5. Continúo encomendando también los problemas de mi patria. Los acontecimientos de la última semana han demostrado que los polacos tratan de resolver, de modo pacífico, sus difíciles problemas internos, dejándose guiar por el sentido de responsabilidad para el bien común. Justamente, pues, la opinión de todo el mundo, de todos los países que verdaderamente aman la paz, subraya –en conformidad con los principios de la convivencia internacional– que el derecho de la nación polaca a la solución posterior de sus importantes problemas internos debe ser plenamente respetado. Se trata de los problemas importantes que corresponden a la dignidad

misma del trabajo humano y que pueden ser resueltos humanamente sólo con medios pacíficos.

Encomiendo, una vez más, los problemas de mi patria a las oraciones de la Iglesia y de todos los hombres de buena voluntad.

Después del Ángelus

Deseo dirigirme al grupo de niños y niñas del V curso elemental del instituto "Santa Capitanía" y a sus padres, que han venido de Venecia a visitar al curso gemelo del centro escolar "Umberto I" de Roma. Queridísimos: Os saludo con afecto cordial y os auguro que este viaje a Roma, para devolver la visita de vuestros condiscípulos romanos que fueron a veros a Venecia el año pasado, quede como uno de los recuerdos más queridos de vuestra vida. Sed buenos y estudiosos, cultivad el sentido de la amistad y de la ayuda mutua ahora y en el futuro. Para ello os bendigo de corazón a vosotros, vuestras familias y vuestros profesores.

Saludo de corazón a los alumnos de la escuela de magisterio reconocida oficialmente "Matilde de Canosa" de Como, con sus profesores; a los alumnos y profesores de la escuela técnica comercial de San Vito de Cadore; y a los estudiantes y profesores del liceo de Desenzano del Garda.

A todos presento mi mejor augurio de éxito pleno en los estudios y de adecuada profundización de su fe, en preparación a sus responsabilidades futuras en la sociedad y en la Iglesia
